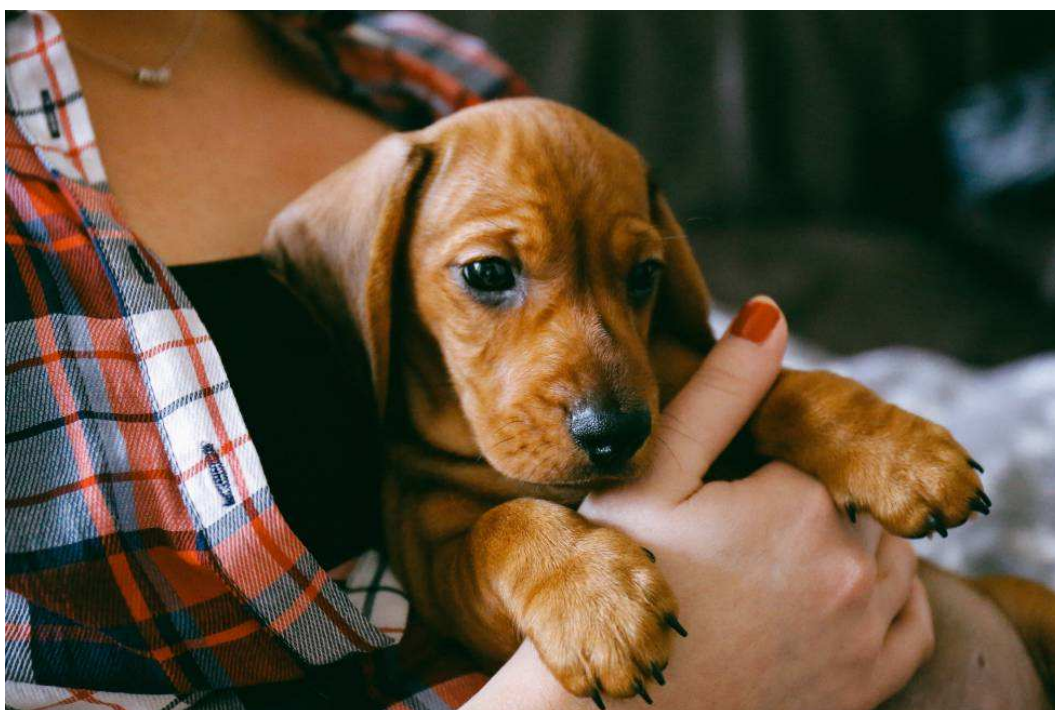


Abandonos (El País, 30-7-2018)

Las protectoras y los refugios están saturados, el panorama es desolador por culpa de esas almas desaprensivas que se desentienden de sus mascotas

Ana Merino

30 JUL 2018 - 00:00 CEST



En la mirada de los perros parece como si se condensara un ruego: no me abandones, no te olvides de mí, dependo de ti, te adoro sobre todas las cosas porque eres el amo de mi pequeño mundo. Creemos que las personas que asumen la responsabilidad de tener una mascota entienden ese mensaje que esconde la mirada de los animales de compañía. Esos seres que alegran la vida de miles de personas no se merecen que los abandonen, que los saquen de la que creían su casa y los dejen tirados en alejados y peligrosos caminos. El animal de compañía no entiende nada, pensaba que era parte de la familia que lo adoptó, no hizo ningún mal y daba afecto a raudales.

Hay gente cruel y ruin capaz de abandonar a su suerte a sus mascotas. Lo hacen con una indiferencia que asusta. Cometan un delito sin remordimiento. Abren, por ejemplo, la puerta del coche y le hacen creer a su mascota que van a dar un paseo. El perro sale feliz y confiado, y los dueños arrancan y aceleran. La escena lleva décadas dibujando el mapa de las carreteras españolas. El abandono de animales es una realidad vergonzosa.

En mi familia nos pasamos la vida recogiendo y cuidando animales abandonados. Colocando camadas de perros y gatos que aparecen en el monte y necesitan dueño. Ya desde mi niñez, cuando oíamos llorar a lo lejos a crías de perro desvalidas y hambrientas, nos daban mucha pena y salíamos a buscarlas. Una vez recogimos a siete cachorros de una camada abandonada, otra vez, a cuatro. En aquella época no había Internet y lo que funcionaba era el boca a oreja para buscarles familias. Mi madre no paró hasta dejarlos a todos en buenas manos

Luego aparecieron los gatos. Crías de gatas abandonadas que lográbamos recoger y domesticar. En una ocasión mandamos cuatro a Suiza con pasaporte y chip porque allí los querían adoptar cuatro familias helvéticas. Esta vez han sido mi hermana y mi cuñado los que se han apiadado de una camada de cinco gatos que han desparasitado y se han traído desde Almería. En un viaje anterior encontraron otro debajo de un coche que también recogieron. Ahora pasarán todo el mes de agosto buscando gente comprometida que quiera adoptar uno.

Las protectoras y los refugios están saturados, el panorama es desolador por culpa de esas almas desaprensivas que abandonan a sus mascotas. Afortunadamente, personas como mi hermana, mi cuñado o mis padres, que encuentran animales desvalidos, los cuidan y crean redes para buscar familias que los adopten y los quieran, también ayudan a contrarrestar la maldad delictiva de los maltratadores de mascotas.